

maestro de ceremonias en nombre de la asamblea, los siete visires de la cúpula, de los cuales cinco eran yernos del sultan, á saber, el hijo y los dos sobrinos del gran visir, y los otros dos yernos de este último, besaron su mano y se sentaron, el capitan-bajá á su derecha, los otros seis á su izquierda; los ministros de Estado y sus secretarios se mantuvieron en pié con los brazos cruzados sobre el pecho; detrás de los secretarios de Estado se colocaron los oficiales de la casa del gran visir, dispuestos á ejercer sus funciones. Los dulces y el café fueron servidos en vasos de oro, adornados con piedras preciosas. Terminada esta habitual colacion, los visires se levantaron y fueron á situarse enfrente del sofá; el embajador se sentó junto al gran visir, su acompañamiento se retiró, y celebró entonces con este último una conferencia de media hora, en la que Damad-Ibrahim se lamentó altamente de que el embajador no habia traído mas que una carta del schah para el sultan, y de que el primer ministro de Persia no le habia escrito.

Al fin de la audiencia, el gran visir mandó servir sorbetes y distribuir perfumes, hizo revestir á Mohammed-Khan con una pelliza de marta forrada de carmesí, y dió á todos los persas de su séquito ricos caftanes y caballos cubiertos con magníficas mantillas, bordadas con perlas y záfros.

XVII

Pero las prosperidades de este Salomon del Bósforo eran pérfidas. El czar Pedro el Grande habia muerto, dejando el imperio á Catalina, su pensamiento político á Mentschikoff, su ambicion á la patria, la Persia, medio desmembrada, á sus generales. Pero un grande hombre, tan feroz y aun mas belicoso que Pedro de Rusia acababa de aparecer en Persia y de reunir en una sola mano el haz desatado de esta monarquía.

Tracemos con algunas pinceladas la figura de este conquistador, en quien el alma y el genio de Timur parecian haber pasado de Samarcanda á Ispahan.

XVIII

Su vida, escrita sobre el terreno por Mirza-Medhy, historiógrafo suyo, y por un inglés, residente en los campamentos, deja pocas dudas acerca de su carácter.

El padre de Nadir, turco de origen, pertenecía á una de esas tribus turcomanas que se habian dirigido á Persia en la época de la grande emigracion. Esta familia, hasta entónces oscurecida, era noble, porque el que no era esclavo en Persia, participaba de la nobleza colectiva de la tribu. « El diamante, » dice con este motivo Mirza-Medhy, « no tiene precio hasta que ha sido trabajado. » Era un pobre sastre que ganaba su sustento y el de su familia haciendo capotes de pieles de carneros. « Decid de mí, » escribia Nadir á sus embajadores, que pedian para él la mano de la princesa Mazer-Allah, hija del emperador de los mongoles, « ¡ decid que soy hijo de Nadir, hijo y nieto de mi espada, de padres á hijos hasta la sexagésima generacion ! »

Soldado desde su infancia, muy luego jefe de una banda de aventureros del Khorasan, que saqueaban y mataban á sus vecinos, los tártaros uzbeks, habia comenzado su carrera de crímenes por el rapto de una jóven de esta tribu, famosa por su belleza, y cogida junto al cadáver de su padre. El rey Tahmasp lo incorporó en el ejército con que disputaba la Persia al usurpador Aschraf. Sus hazañas y el número, cada vez mayor, de sus soldados le valieron el título de gobernador del Khorassan, su patria. Su carácter independiente y su tiranía provocaron su revocacion.

Rechazado por sus compatriotas y por Tahmasp, fué á pedir asilo á uno de sus tios paternos, jefe de otra banda de afghanes, y gobernador de la fortaleza y el territorio de Khelat. Su tio lo acogió, le reclutó tres mil hombres, lo reconcilió con el rey Tahmasp, y sus empresas contra los afghanes, señores de Ispahan, acrecentaron el terror de su nombre. Codiciando la fortaleza de Khelat, volvió á sorprender la plaza y á pasar á cuchillo con su propia mano al tio que lo habia protegido.

XIX

Dueño con este crimen de una capital, de un tesoro y un ejército, reconquistó todo el Khorassan en favor del príncipe legítimo. Tahmasp, justamente enojado con un general que sustituia en todas partes su autoridad á la del soberano, lo declaró rebelde y traidor. Nadir se aprovechó de esta aparente ingratitude para sublevar su ejército contra Tahmasp; marchó contra el schah, lo hizo prisionero, pero conservando la máscara de fidelidad á la antigua dinastía, que lo popularizaba en Persia, cubrió con aparentes

respetos la cautividad positiva del schah en su campamento.

Después de una guerra constantemente feliz contra los afghanes, expulsados por sus armas de la patria, Nadir recibió del schah el Khorassan, el Mazanderan, el Sistan y el Kerman, cuatro provincias cuya extensión igualaba á la mitad de su reino. Su fingida moderación le hizo rehusar el título de sultan : pero aspiraba á cosas mayores. La coalición de los turcos y de los rusos le iba á ofrecer la ocasión de nuevos engrandecimientos. Reconquistar su patria de los afghanes, expulsar la dinastía extranjera, restablecer la antigua de los Sofis en la persona del débil Tahmasp, combatir en fin, vencer y expulsar del Norte de la Persia á los rusos, del Mediodía á los otomanos, y coronarse él mismo después de tantas victorias sobre las tres razas enemigas de su patria, tal era el destino de Nadir, súbdito aun, pero muy pronto rey!

Suspendamos aquí la marcha ascendente de su fortuna para volver á presenciar en Constantinopla la caída de un trono derribado únicamente por la fama de su nombre.

XX

Los acontecimientos de Persia resonaban dolorosamente en Constantinopla en el corazón de los buenos musulmanes. La liga irracional de los turcos con los rusos infieles (giaurs) para desmembrar un imperio, herético sí, pero musulman, irritaba secretamente el instinto probo y religioso de los otomanos. Hay épocas en que los pueblos, iluminados por la luz de su conciencia, son mas profundamente políticos que sus propios soberanos. No se sabe qué especie de presentimiento profético protestaba en el alma de los turcos contra una alianza que acercaba y engrandecía el imperio de Rusia. La piedad y la indignación fomentaron esta reprobación popular contra un soberano y un visir que asistían impasibles á las tragedias de la dinastía persa.

El usurpador Aschraf, cuyos embajadores, recibidos por Achmet III, residían todavía en Constantinopla, acababa de ser tres veces vencido por Nadir. Perseguido por este, después de su derrota, Aschraf habia asesinado cobardemente al viejo Hussein, pri-

sionero suyo, padre de Tahmasp. La sangre de este rey pedía venganza contra su verdugo, tan prematuramente reconocido por Achmet. Este vil usurpador huía con un puñado de afghanes hácia el Afghanistan, cuando las tribus de Belutchistan, sabedoras de sus reveses y ávidas de botín, lo acometieron en el desierto y le cortaron la cabeza que enviaron como testimonio de su fidelidad á Tahmasp.

Este soberano, restaurado por Nadir, acababa de entrar en Ispahan aclamado nuevamente rey por su pueblo. El día que llegó á su palacio de Ispahan, una mujer cubierta de harapos salió de las cocinas del haren de Aschraf, y descubriéndose ante el monarca, le hizo reconocer en ella á su propia madre. Era en efecto la sultana favorita de Hussein, madre de Tahmasp, que para librarse de la muerte que sufrieron los miembros de la familia de los reyes Sofís, se había disfrazado con el traje de esclava, y dedicado al más humilde servicio del haren del usurpador. La narración de este reconocimiento inesperado de la madre y el hijo arrancaba lágrimas á todo el Oriente.

XXI

Apénas recobró Tahmasp su reino, envió un embajador á Constantinopla á pedir en nombre de la legitimidad y del ejército amotinado la restitución de las provincias de la Persia, arrebatadas al usurpador por los turcos y los rusos. El gran visir respondió á esta justa demanda declarando la guerra á la Persia, y haciendo preso al embajador, que fué enviado á Lemnos.

Él mismo se preparaba á marchar al socorro de Tauris, amenazada, según él, por Nadir, y en efecto, el 24 de febrero de 1730 hizo desplegar en Scutari el estandarte sagrado. El ejército se reunió según costumbre al rededor de las colas de caballo, plantadas en aquella primera etapa de la orilla del Asia, enfrente del serrallo. El sultan Achmet III pensaba trasladarse allí con toda su corte militar seis días después. El ejército debía ponerse en movimiento por el camino de Alepo con el gran visir, quedándose el sultan durante la campaña en Scutari, para presenciar la partida sucesiva de los contingentes pe-

didados en Europa y Asia para esta expedición. Parecía que todo presagiaba el buen éxito de esta campaña. Pero la tempestad se preparaba en silencio, como se prepara en los estados enmudecidos, bajo una completa y aparente serenidad.

XXII

Sordos murmullos entre los genizaros, los artilleros y los spahis acampados en las tiendas de Scutari, circulaban y agitaban el ejército sin que lo notaran ni el gran visir ni los generales. Los unos decían que era un sacrilegio ir á Persia á destronar un khalifa, descendiente del Profeta, para dividir sus despojos con los bárbaros *giaurs* de la Moscovia; otros, que era vergonzoso dejar al ejército inmóvil por espacio de un mes en Scutari, mientras que un esclavo, Afghan-Nadir, *Kulikhan*, (esclavo del khan) expulsaba á los otomanos y al mismo Kiuperli-Bajá de Tauris. Estas opuestas murmuraciones de la sedición producían naturalmente un descontento general. No hay cosa tan peligrosa para un gobierno como reunir y tener ociosos á hombres que no em-

prenden nada aislados, pero que conocen su poder, contando su número. Una circunstancia bien casual, la impaciencia con que las tropas formadas aguardaban aquel día, expuestas al sol al sultan, cambio de repente el vago rumor en explosión.

XXIII

Es costumbre de los sultanes, cuando salen del serrallo para ir á Scutari, el atravesar el Bósforo al despuntar la aurora. El sol estaba ya en la mitad de su carrera, las barcas doradas de Achmet III no se destacaban de la playa de los *Cañones*, que se vé desde Scutari. Los soldados se preguntaban el motivo de esta tardanza; ya las corporaciones de Constantinopla que lo preceden ó lo siguen, las colas de caballo, los caballos de mano, los imanes de la mezquita imperial, habían atravesado el canal, hacia largo tiempo, y lo aguardaban en la costa de Asia.

Achmet vacilaba aun en el fondo del serrallo. Fuese que repugnara armarse contra un príncipe legítimo, que acababa de ser restablecido en el trono de sus padres, dando así él mismo ejemplo y estí-

mulo á la infidelidad de los pueblos contra su propia dinastía, fuese porque prestara atención á las observaciones del muftí y del predicador de Santa Sofía, Isperizadé ó bien porque desconfiase de la política del gran visir, acusado por la opinion de haber tomado parte en la rendicion de Tauris á Nadir-Kulikhan, ó mas bien por deferencia á consejos de su hermana Kadidje, princesa que conocia todos los secretos del Estado, y que poseia el carácter y la capacidad de un visir, Achmet se negaba á salir del palacio.

El gran visir, inquieto con el descontento que esta desusada dilacion podia producir entre las tropas de Scutari, envió al campamento á Ismail-Aga para que se informara y le diera cuenta de lo que allí ocurriera. Ismail volvió á decir al gran visir en presencia de Achmet, que los genizaros, sobre las armas desde media noche, y defraudada de hora en hora su expectativa, comenzaban á irritarse con el desprecio que les parecia envolver esta desusada tardanza.

El sultan se decidió entónces á entrar en su barca. Las tropas lo recibieron en silencio, y por la noche fermentó la agitacion.

XXIV

La ausencia del ejército, del sultan y del gran visir entregó la capital á los vaivenes de la opinion pública. Al dia siguiente, 29 de setiembre, un grupo de diez y siete genizaros que se habian quedado en la ciudad á las órdenes de un albanés, llamado Patrona-Khalil, dieron súbitamente la señal de la revolucion delante de la puerta de la mezquita de Bajazet, en la plaza llamada el *Mercado de las Cucharas*. Dirigiéndose desde allí al gran bazar cubierto, á la hora en que la multitud acude á comprar sus provisiones, y lo recorrieron gritando que cerrasen las tiendas, signo aterrador, y excitando á todos los buenos musulmanes á que los siguieran.

Engrosados por grupos de camaradas y paisanaje, fueron al palacio de Hassan, aga de los genizaros, y le intimaron que abriese las puertas de las cárceles para que salieran los malhechores, encerrados por sus órdenes. Intimidado Hassan, obedeció cobardemente á Khalil. Las prisiones abiertas lanzaron á la calle

una multitud de hombres irritados por el cautiverio, ansiosos de libertad, sedientos de venganza. Saquearon los mercados de prenderos, guarnicioneros, y armeros, y estendieron el tumulto y el espanto en toda la ciudad. Khalil, durante este alboroto, penetrando con las armas en la mano en el cuartel de los genízaros, tomó la marmita del quinto regimiento, emblema de reunion de aquel cuerpo al rededor de su hogar, y llevándola en su cabeza al *Mercado de las Carnes*, estableció allí el campo de la sedicion.

XXV

Constantinopla se hallaba á merced del motin, que crecia y se organizaba á la voz de Khalil. El capitán-bajá, que debia vigilar la ciudad, habia salido sin sospecha, al despuntar el dia, á trasplantar tulipanes en su delicioso jardín de Tschengelkai, á la orilla del canal del Bósforo. El reis-effendi estaba igualmente desde la vispera descansando en su kiosko de campaña, á la sombra de los plátanos de las *Aguas Dulces*.

Llegaron lentamente en sus barcas, bajaron al fondo del puerto, se informaron de las causas del tumulto, y atravesando el mercado, mandaron á los mercaderes asustados que abriesen sus tiendas. Volvieron á entrar sin perder momento prontamente en sus caiques, y se dirigieron hácia Scutari para ponerse de acuerdo con el gran visir, y el aga de los genízaros, acerca de la manera de reprimir el movimiento.

XXVI

Al mismo tiempo atravesaba el gran visir el canal, con los visires de la cúpula, el muftí y los generales para formar el consejo en el kiosko imperial, contiguo á la playa. Se juzgó que el movimiento era bastante grave y bastante general para exigir la vuelta del sultan á Constantinopla, y desplegar contra los revoltosos del *Mercado de las Carnes*, el estandarte verde del Profeta.

Antes de subir á la barca para obrar segun la determinacion del consejo, Achmet III tuvo secretamente una conferencia con su hermana, la sultana Kadidjé, que lo habia seguido á Scutari. Ella confesó

despues que le habia aconsejado llevarse consigo ó hacer custodiar en el serrallo á los principales ministros, á fin de que pudiese en caso de necesidad rescatar su vida, entregando sus servidores responsables á los rebeldes. La noche habia cerrado cuando el sultan se separó de su hermana y desembarcó, avergonzado de ceder ante la sedicion, cerca de la puerta *de los cañones*, en la arena del mar que baña el kiosko situado en su orilla. Penetró en el serrallo por los jardines. Un consejo que duró toda la noche y el dia se celebró en su presencia.

XXVII

Entabláronse las negociaciones habituales entre el *Mercado de las Viandas* y el serrallo. Pero en vano; el gran visir no creia bastante en el peligro, y Patrona-Khalil se sentia cada vez mas apoyado por el pueblo.

« No nos quejamos del sultan, » respondian los amotinados á los mensageros de la córte: « pero no nos retiraremos ántes de que se nos entreguen las cuatro cabezas que pierden la fé y la política del

« imperio, á saber, las del gran visir, del kiaya, del muftí y del capitan-bajá. »

Al oir estas exigencias, Achmet intentó en vano oponer la apelacion suprema á los fieles musulmanes, la de desplegar el estandarte verde, oriflama del serrallo, paseado por las calles de Constantinopla, contiguas á palacio. Ninguno se agregó; le pareció al pueblo que lo llevaban manos sacrílegas; hizose una nueva tentativa cerca de los sediciosos. Achmet III entregó á los bostandjis que parecian neutrales entre el serrallo y el campamento al capitan-bajá y al kiaya, y envió á decir á Khalil que consentia en la destitucion del gran visir y del muftí.

« Nos basta el destierro de este, » respondieron los rebeldes, « pero queremos la cabeza de Ibrahim. »

La noche del 29 al 30 de setiembre envolvió su manto la revolucion empeñada entre un trono y la muerte de tantos hombres. Nada se decidió durante las tinieblas. Los instigadores secretos ó aquellos que pretenden haber inspirado las revoluciones, á fin de participar del botin, comenzaron á quitarse la máscara y á separarse del sultan con el pretexto de ir á mediar entre él y el pueblo.

En este número se hallaban el muftí, anciano que inspiraba á los revoltosos mas compasion que ódio, el albanés Sulali-Effendi, que se suponía en conni-

vencia con Khalil y el predicador de Santa-Sofía, Isperezadé, jefe de los imanes de la capital. Estos tres mediadores se presentaron á los ulemas reunidos desde la aurora en la mezquita de Santa-Sofía, para deliberar acerca del peligro público.

«¿Será cierto,» exclamó el muftí, «que la cólera del pueblo quiera encarnizarse en un miserable anciano como yo, y ensangrentar mi encanecida barba?»

Los ulemas le aseguraron que ninguno de ellos ni el pueblo había pensado en mancharse con semejante crimen.

«¡Pues bien!» repuso él, «ya que no hay mas medio de salvar el imperio, que la deposicion del sultan, preciso será deliberar acerca de esta terrible necesidad de las circunstancias.»

Pusiéronse todos á orar en comun, y se dirigieron despues en procesion al kiosko de Erivan, en el serrallo, en donde, el gran visir los esperaba para conferenciar en secreto con ellos.

«Yo sé,» les dijo, con el acento de la abnegacion, «que soy hombre muerto, pero nuestro deber es discurrir el medio de salvar los dias del sultan.»

Volviéndose en seguida hácia el muftí: «¡El pa-dischah,» le dijo, «te ha destituido y desterrado, juntamente con el capitan-bajá y el kiaya!»

Los bostandjis, al oír esto, cógieron al anciano y lo condujeron á su cuadra para guardarlo con el kiaya y el capitan-bajá en rehenes del sultan y de los rebeldes. Mustafá-Effendi, juez de Medina, fué investido con el traje y el título de muftí. Los ulemas se retiraron con el muftí del kiosko de Erivan, y de vuelta en Santa-Sofía, nombraron delegados, escogidos entre los mas venerables miembros del clero, para tratar con los rebeldes y proponerles que designaran ellos mismos los candidatos populares que habian de obtener los mas altos empleos del Estado.

Al llegar al *Mercado de las Viandas* encontraron hecha ya la eleccion. Los genízaros, cuyos oficiales no quisieron sublevarse, habian nombrado, apesar de estos, para ministro de negocios extranjeros al antiguo maestro de armas Suleiman; para aga de los genízaros, al sillero de este cuerpo; para juez mayor de Constantinopla á un bufon, llamado Ibrahim, y para juez mayor de Asia al albanés Sulali-Effendi su secreto instigador.

Suleiman-Aga y Sulali-Effendi se dirigieron en nombre del ejército al serrallo, portadores del ultimatum del campamento. Este ultimatum exigia las cuatro cabezas de los ministros, la confirmacion de las dignidades decretadas por los amotinados, y una amnistía auténtica firmada por el sultan y los ulemas.

Achmet III, rodeado de enemigos, se vió obligado á entregar á su servidor y su amigo para salvarse. El gran visir fué conducido al apartamento del verdugo, situado bajo la puerta central del segundo patio del palacio, en donde el mustí, el capitán-bajá y el kiaya aguardaban desde el día anterior la hora del suplicio. El nuevo divan, reunido durante aquella segunda noche al rededor del sultan, consintió por toda gracia en no entregar á los rebeldes mas que los cadáveres de sus víctimas, en lugar de entregárselas vivas á la multitud, para que cebara en ellas su bárbara crueldad. Los verdugos ocultaron por compasion á Achmet la hora de este lúgubre suceso.

Aun se lisonjeaba el sultan con que los rebeldes llegarían á ablandarse, cuando la falsa noticia de la aproximacion de una columna de soldados que iba á cercar el serrallo, apresuró la ejecucion, y los tres cuerpos sin vida fueron echados en una carreta tirada por dos bueyes para conducirlos al *Mercado de las Viandas*. No llegaron hasta allí; la feroz muchedumbre los sacó de la carreta, y los tiró separados por el suelo, como para regocijar á la ciudad con los despojos sangrientos de su triunfo.

El cadáver de Ibrahim fué puesto bajo las ruedas junto á la hermosa fuente que habia construido en la plaza mayor del serrallo; el del capitán-bajá junto á

la fuente Khorkhor, el del kiaya en el *Mercado de las Viandas*.

Esta siniestra satisfaccion, en vez de calmar al populacho, le dió á conocer lo que podia osar. Indignése porque el sultan entregaba á la justicia popular cadáveres en vez de víctimas vivas. Los profanadores que habian despojado de sus vestidos el cuerpo del gran visir propalaron el rumor entre la soldadesca y los paisanos de que el príncipe habia defraudado la venganza popular por salvar á su amigo; que el cadáver de Ibrahim era el de un remero armenio del Bósforo, llamado Manoli, que se parecia mucho á Ibrahim.

Este rumor se acreditó con la sorpresa de los espectadores, viendo que aquel cuerpo exánime era el de un incircunciso. El embajador de Francia confirma esta noticia dando cuenta del suceso á su córte: « El « gran visir, » escribió, « era un cristiano armenio « que habia descuidado el hacerse circuncidar cuando vino á Turquía, contentándose con demostraciones exteriores de mahometismo; en el fondo no « tenia ninguna religion.

XXIX

Furiosos con esta supuesta sustitucion, los rebeldes piden por la vez primera á grandes voces, la deposicion de Achmet III. Isperezadé tiene la osadía de decirle cara á cara que el ejército no lo quiere ya como su padischah. El sultan no trata desde entónces de salvar el trono, sino de salvar su vida y la de sus hijos. Isperezadé y Sulali, sus señores mas que sus ministros, van á regatear al *Mercado de las Viandas* las condiciones de su caída. Al cabo de tres horas vuelven á decir á Achmet que los rebeldes han jurado sobre el Coran perdonar su vida y la de su familia, con condicion de que deje el trono á su sobrino Mahmud, hijo de Mustafá II. Sacado este príncipe de su prision fué presentado á su tío, que le besó primero la frente como sultan, y luego la mano como vasallo.

XXX

Así acabó despues de veintisiete años de reinado la vida política de Achmet III, que habia sido el genio

de la paz para un reino abrumado por las guerras. Ningun soberano habia comprendido mejor á su pueblo, ningun pueblo comprendió ménos á su soberano. El resentimiento de la paz en sus súbditos, juntamente ansiosos é incapaces de guerra, fué la causa verdadera de su caída. Su virtud lo hizo bajar del trono. Ibrahim expió por una causa mas justa el único crimen político que la historia pueda reprocharle, el de la division inícua de la Persia con la Rusia, preludeo y modelo del reparto de la Polonia.

XXXI

Pero Mahmud I no reinaba en tanto que Patrona-Khalil, el jefe de la rebellion, acampaba en el *Mercado de las Viandas*, rodeado de genizaros y de paisanaje. El disímulo, vicio de los esclavos, era la necesidad de los sultanes esclavos de la sedicion. Mahmud habia sido ejercitado en ella desde su infancia. Fingió entregarse abiertamente en manos del mas popular de los sediciosos.

Khalil, llamado al serrallo, se presentó ante su nuevo señor. La audacia y la inteligencia brillaban